

Concurso

de relatos de ciencia ficción

HOMOCRISIS

by

TOSHIBA

CALEFACCIÓN & AIRE ACONDICIONADO

homocrisis.es

Meiyo

MARIELA PAPPAS

GANADORA DEL IV CONCURSO
DE RELATOS DE CIENCIA FICCIÓN
HOMOCRISIS

Mariela Pappas vive en Buenos Aires, Argentina. Estudió Bellas Artes y además de dibujar escribe ciencia ficción y fantasía queer. Ha publicado relatos cortos en portales como Ficción científica y en antologías locales e internacionales como Lo Ominoso de editorial Thelema, y las inminentes Pasadizo a lo extraño del grupo Exégesis y American Monsters de Fox Spirit Publishing. Su primera novela de ciencia ficción, Los dioses de piedra, ha sido publicada este año. Su blog: <https://marielapappas.blogspot.com/>.

Yoshiteru Amano se arrodilló frente a su amo en señal de derrota. Había elegido sus ropajes de la más fina seda para la ocasión, con los cuervos y grullas bordados con hilos de plata entrelazándose en una mortal batalla sobre su espalda y costillas. Encima de la chaqueta llevaba el *kataginu* ceremonial del mismo color del cemento y exagerados hombros, y ceñido a la cintura el cinturón de cuyos cordeles de oro pendía la funda de su *katana*. Había perfumado con aceites su cabello renegrado y lo había peinado en un prolijo rodete alto, y con la misma dedicación había recortado su barba. El jefe del clan Nakayori lo observaba desde su silla alta, ataviado con su entallado traje negro y las gafas oscuras cubriendo sus ojos.

—Mi señor, le he fallado —declaró Amano con un suspiro ronco.

Aquella mañana primaveral las flores de cerezo revoloteaban por el patio de la fortaleza Nakayori, y cuando Amano se abrió la chaqueta y reveló su pecho desnudo, la suave brisa acarició su piel artificial, provocándole unas cosquillas demasiado humanas para su gusto.

—No he cumplido mi misión y por lo tanto le ofrezco mi vida en compensación —agachó la cabeza mientras elevaba con ambas manos su arma enfundada.

—Empieza desde el principio —suspiró Nakayori mientras se quitaba las gafas con un movimiento rápido y dramático. Su rostro algo regordete y marcado por el tiempo quedó a la vista del samurái, quien reconoció la frustración en la voz de su amo. La experiencia le había enseñado a descifrar ciertas emociones humanas, aunque siempre le resultaban algo esquivas—. ¿Que ha ocurrido en Kyoto?

Amano hizo a un lado su katana e incorporó su cabeza una vez más. Descansó ambas manos sobre sus muslos y tomó un respiro hondo antes de comenzar a narrar. Pero al mismo tiempo las descargas eléctricas que subían y bajaban por su

columna vertebral de acero le provocaban un dolor insoportable. Conocía la causa; no podía contarle al daimyo todos los detalles de lo ocurrido en Kyoto, por lo cual estaba violando el quinto principio, el *Makoto*, la sinceridad absoluta. Y el chip electrónico en su nuca, donde estaban almacenadas las siete virtudes del Bushido, no dejaba de recordárselo con nuevas olas de dolor.

Si deseaba ser totalmente sincero, la historia comenzaba cinco primaveras atrás, cuando le asignaron un aprendiz.

Morisada Hayashi, al igual que Amano, poseía un esqueleto de la más pura aleación, cubierto de un endoesqueleto que imitaba el tejido humano a la perfección y que podía regenerarse en caso de ser lacerado. Pero por fuera, parecía un muchacho asustadizo con el largo cabello azabache tirante en un ajustado moño sobre su cabeza. Tanto sus cejas del mismo tono oscuro como sus ojos almendrados se elevaban en un sutil ángulo hacia arriba, lo cual sumado a la palidez de la piel y la generosidad de los labios le daba un aspecto sobrenatural y misterioso. Cuando conoció a Amano por primera vez, en el patio de la fortaleza Nakayori, estaba tan nervioso que hizo mal la reverencia al saludarlo.

—Por menos que eso hubieras perdido la cabeza en otros tiempos —respondió Amano. Pero cómo usó su típico tono de voz gutural y severo acompañado de su ceño fruncido, Hayashi no supo que estaba bromeando hasta varias semanas después, cuando ambos se conocieron mejor.

La primera tarea que Hayashi debía dominar era el arte de la espada, pero apenas podía realizar los movimientos básicos sin que el arma resbalara de entre sus dedos.

—Los temblores son normales, eres joven —suspiró Amano—. Hasta que te acostumbres a chip en tu nuca.

—No entiendo.

—Las siete virtudes del bushido; justicia, cortesía, coraje, honor, benevolencia, honestidad y lealtad.

—Las conozco —refunfuñó el alumno orgulloso.

—Ese chip regula nuestro comportamiento y sistema nervioso. Si no actúas acorde a estos principios, este realiza una descarga eléctrica a modo de castigo. Cuando encuentres el equilibrio perfecto entre el Bushido y tu conducta, los temblores desaparecerán y tendrás el control absoluto de tus movimientos y acciones.

Y como despliegue de orgullo, Amano desenfundó su katana e hizo una serie de movimientos de precisión exquisita, como batallando contra un enemigo invisible. Su alumno observó embelesado como el acero cortaba el aire y volvía a resguardarse en la funda que colgaba de su cintura.

—¿Y qué pasa si mi chip falla?

—Eso no le ocurrirá a ningún alumno mío.

—Pero ¿y si ocurriera? —insistió. Amano pronto descubrió que el chico poseía una curiosidad hambrienta.

—Caerías en desgracia. Te convertirías en un ronin, un samurái sin daimyo a quien servir.

Hayashi abrió sus ojos en forma aterrada y teatral. Un suspiro escapó de entre sus labios pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, su maestro lo interrumpió.

—Ahora sigue practicando.

Pero los meses se sucedieron y las dotes de Hayashi con la katana eran mediocres. Convencido de que el muchacho no tenía talento para la esgrima, Amano decidió cambiar de estrategia. Una mañana de otoño le regaló a su discípulo un arco del más resistente bambú. Con sus dos metros, el arma artesanalmente forjada en la mejor madera y piel superaba la altura de Hayashi. El regalo venía acompañado de una

docena de flechas decoradas con plumas de halcón en sus extremos.

—Lo he mandado a hacer especialmente para ti ¡así que no me decepciones! —lo regañó.

Hayashi abrazó a Amano. No era la primera vez que lo hacía.

—¡No me abrases! ¡Ve a practicar! —insistió.

Pero la impetuosidad de Hayashi lo llevó a desperdiciar todas sus flechas en tiros erráticos.

—Esto no va a funcionar. Primero debes aprender a respirar —protestó el maestro.

Durante el primer año, el entrenamiento consistió en Amano presionando su mano sobre el pecho de Hayashi, sintiendo como el oxígeno entraba por sus fosas nasales y recorría su interior cibernético. Sentía el palpitar furioso dentro de su pecho, allí donde los humanos poseían pulmones y corazón, ellos solo tenían bombas mecánicas que distribuían el calor que les permitía moverse. Sin embargo, por la manera en que Hayashi se agitaba, cualquiera podría jurar que era un muchacho con corazón humano. Tardó casi doce meses en sincronizar su respiración con la de su maestro, y recién allí pasó a la segunda lección; tensar la cuerda.

—Cuando la cerda se extiende a su máxima capacidad, esta contiene el universo —le explicó Amano mientras corregía la postura de su alumno. También le había comentado que siglos atrás los campesinos creían que el zumbido que emite la cuerda servía para espantar demonios. Hayashi disfrutaba esa historia, y se dedicaba a hacer sonar la cuerda de su arco con insistencia para molestar a su maestro.

Aprender a tensar la cuerda en forma correcta le tomó casi otro año. Doce meses en los cuales Amano lo asía de la cintura para perfeccionar su postura, y le enseñaba a

extender sus brazos por encima de su cabeza para colocar la flecha en el arco.

—Inspira, y desciende el arco con suavidad mientras tensas la cuerda —explicaba el maestro—. Cuando el arco esté a la altura de tu pecho, sueltas el aire, y sueltas la flecha.

Aunque Hayashi obedeció las instrucciones, la flecha realizó una trayectoria curva y torpe, para aterrizar inerte en medio del patio Nakayori.

—No he dado en el blanco —refunfuñó el alumno. Amano le pegó un coscorrón en la cabeza.

—¡Ese es tu problema! ¡No pienses adónde va la flecha!

—¿Cómo no?! ¡El propósito es dar en el blanco!

—¡No hay propósito! —le gritó Amano.

Pasaron otro par de meses ejercitando la respiración y tensando la cuerda, hasta que Hayashi estuvo listo para disparar otra vez. Elevó el arco por encima de su cabeza y colocó la flecha. Llevaba su largo cabello negro recogido en una cola de caballo, que el suave viento primaveral mecía en forma caprichosa. Durante unos instantes, Amano se encontró distraído con aquel espectáculo. El alumno inspiró y descendió el arco hasta su pecho.

—Tú eres la flecha —susurró Amano en su oído—. Cuando el pulgar suelta la tensión y desprendes la flecha, te desprendes de ti mismo. Solo así logras el tiro perfecto. El tiro justo en el momento y lugar justo.

Hayashi emitió un gemido lastimoso, como si toda la tensión de su cuerpo se hubiera liberado en un instante agónico. Amano sonrió cuando vio que la flecha emplumada perforó el centro del blanco con feroz precisión.

—El tiro perfecto —suspiró el maestro. Cuando giró su mirada hacia su alumno, él ni siquiera estaba viendo el destino de la flecha, lo estaba mirando a él.

Pronto Hayashi se convirtió en el mejor arquero del clan Nakayori; no solo tensaba el arco sin esfuerzo, sino que todos sus disparos acertaban en el blanco. Incluso aprendió a disparar en movimiento mientras conducía su motocicleta.

—Entonces ¿intencionalmente debo despojarme de toda intención? —preguntó una noche con sus usuales juegos de palabras mientras compartían té verde en la habitación de Amano.

—No te pases de listo —amenazó en forma gruñona.

—¿Cuándo es la próxima lección?

—Pronto ¡Espera el momento justo!

—¿Cómo sabré cuando es el momento justo?

—¿Cómo sabes cuándo es el instante preciso de soltar la flecha? Simplemente lo sabes.

Para el tercer otoño de su creación, Morisada Hayashi ya había ganado el mérito de llevar el emblema del clan Nakayori bordado en su chaqueta. Pero aun así, revoloteaba alrededor de Amano como si todavía fuera su discípulo.

—¡Mi entrenamiento no ha terminado! —insistía con voz juvenil— ¡hay muchas cosas que no me has enseñado!

—¿Como cuáles?

—Pues... ¿por qué no me enseñas a servir el té, pintar con acuarelas o caligrafía?

Amano abrió sus ojos en forma exagerada.

—¡Esas son artes de mujeres! ¿Para qué quieres aprenderlas?

—He leído que un auténtico samurái domina las artes femeninas y masculinas.

—¡Eso era ocho siglos atrás! Nosotros no somos ni hombres ni mujeres ¡No somos humanos!

—Precisamente, si no somos ni hombres ni mujeres ¿por qué debo aprender solo artes de hombres?

—¡Porque tu daimyo solo necesita que mates! ¡Nada más!

Hayashi hizo un mohín demasiado humano para el gusto de Amano. A veces pensaba que había algo malo en el chip de su alumno; tal vez habían calibrado demasiado los valores de benevolencia y la compasión. No era tan terrible; lo peor sería que fallara el Meiyō, el honor.

—De acuerdo —suspiró. Era imposible luchar contra los trabalenguas de su alumno—. Así como hay cyborgs como nosotros, hay mujeres en la fortaleza diseñadas para complacer a los humanos. Hablaré con ellas para que te aleccionen...

—¡No! —Chilló Hayashi—. Quiero que lo hagas tú.

Y casi en contra de su voluntad, Amano se encontró pasando sus tardes y noches enseñándole nuevas artes a su discípulo. Mientras las luciérnagas revoloteaban buscando las lámparas de papel, Hayashi remojaba sus pinceles en la tinta negra y luego los deslizaba por el papel de arroz. Llenó cuadernos y cuadernos enteros con todo tipo de caracteres hasta que cada línea rozaba la perfección. En un principio resultaban demasiado grandes, otras veces el muchacho presionaba la pluma con tanto énfasis que perforaba el delicado papel.

—Es el mismo principio que el tiro con arco. La tensión justa, en el momento justo —le repetía Amano. Y lo mismo aplicaba para preparar el té; Hayashi se concentraba en que el agua tuviera la temperatura perfecta, que no quemara las hebras pero que fueran capaces de extraer su sabor. De la

misma manera, había una forma correcta de ofrecerle el té a su maestro, de beberlo, y de colocar la taza en el piso una vez vacía.

En cierta ocasión, el joven discípulo le entregó a Amano un pergamino y salió corriendo. Cuando lo desenrolló encontró un carácter cuyo significado lo confundió, tanto podía representar el sustantivo amor como el verbo dar. Tal vez porque el amor verdadero era sinónimo de dar, mientras que el amor egoísta era sinónimo de recibir. O tal vez su alumno quería representar la idea de que el samurái nacía para servir, el ideal máximo de dar la vida por el daimyo. La confusión despertó una sensación asfixiante en el organismo de Amano, pero la caligrafía poseía una armonía perfecta entre el papel, el pincel y la tinta. Era una obra de tanta belleza que no podía rechazarla, así que la guardó entre los pliegues de su chaqueta, donde normalmente los seres humanos tenían el corazón. Ninguno de los dos jamás dijo una palabra al respecto.

Una mañana Amano despertó a Hayashi y le dijo que se ataviara con sus mejores ropas. El muchacho obedeció y minutos más tarde se presentó en el patio Nakayori con su kataginu morado con capullos de loto floreciendo en su hombro. Para su sorpresa, encontró al resto de los cyborgs del clan Nakayori formados con precisión. En el centro, uno de ellos aguardaba sobre sus rodillas, solemne frente a la silla alta del daimyo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Amano con un susurro.

—Cállate y presta atención.

Y así lo hizo; observó con extraña curiosidad como el samurái desvestía su torso frente a la mirada imparcial de Nakayori. Observó cómo limpió su katana con el sake ceremonial, como la consagró en los aires, y como la clavó en su propio vientre. Pronto el olor a tejido sintético quemándose llenó el ambiente, mientras el samurái se

retorcía por las descargas eléctricas que azotaban su organismo. Hayashi tenía miles de preguntas para su maestro, pero cuando giró para encontrarlo, este ya se había adelantado. Camino hacia el agonizante y con un movimiento veloz y limpio desenfundó su espada y lo decapitó. La cabeza rodó por el patio Nakayori, con los circuitos internos que antes la habían unido al cuello chisporroteando y humeando.

—No lo entiendo —suspiraba Hayashi horas después, mientras compartía una taza de té con su maestro y amigo.

—Ese punto tres dedos debajo del ombligo, es donde tenemos nuestro sistema de aerotermia. Es lo que nos permite movernos como los seres humanos, y mantener nuestra temperatura corporal sin entrar en combustión. Como el aire acondicionado que mantiene las habitaciones de la fortaleza Nakayori cálidas en invierno y frescas en verano, a nosotros nos permite simular la vida humana. Si ese pequeño sistema se daña, no podemos asimilar oxígeno ni mantener el calor. Dejaríamos de respirar y dejaríamos de funcionar.

—Pero ¿por qué Fujisaka-san se...?

—Pues porque se ha deshonrado. La virtud del coraje falló en su chip y sintió miedo en una misión. Prefirió conservar su propia vida por sobre los intereses del *daimyo*. Si un samurái debe elegir entre la vida y la muerte, siempre debe elegir la muerte. Fujisaka ha decidido mal y por eso la única forma de resguardar su honor fue cometer *seppuku*, suicidio ritual ¿Lo entiendes?

—No —suspiró Hayashi—. ¿Acaso los antiguos samurái no tenían miedo de morir?

—Sí. Y por eso nos crearon a nosotros.

Hayashi se quedó pensativo unos minutos.

—Esa ha sido tu última lección —Amano le palmeó al espalda—. Prepárate, mañana tenemos nuestra primera misión.

La primera labor que se le encomendó a Morisada Hayashi fue una misión diplomática. El jefe del clan Tora, eterno rival del clan Nakayori, debía firmar los contratos que reducían su territorio portuario a las manos de Nakayori. Por supuesto, se esperaba cierta reticencia a la hora de firmar, y por ello Hayashi y Amano viajaban armados. El viejo Tora firmó sin pronunciar una palabra, pero como era de esperarse, cuando los dos samuráis estaban conduciendo sus motocicletas de regreso al centro de Tokyo, fueron emboscados por sus hombres.

Amano saltó de su motocicleta con una espada en cada mano, sin embargo mientras se cobraba las vidas de los hombres de Tora, Hayashi fue despojado de su arco. Acorralado, el muchacho desenfundó la *katana* en su cintura. Con las manos temblorosas, la hundió en el estómago de su rival. Los cyborgs de Tora eran de menor calidad que lo de Nakayori, y un viscoso líquido gris brotó de su abdomen mientras se deshacía en el piso. Cuando solo quedaron ellos dos en pie, Amano encontró a su discípulo temblando.

—¿Es el primer hombre que matas? —preguntó mientras guardaba su katana, pero ya sabía su respuesta. Hayashi corrió hacia los arbustos a vomitar. El viejo samurái pensó que aquel era un espectáculo extraño.

Condujeron nuevamente a la ciudad sin decir una palabra. Cuando estaba guardando sus motocicletas en la fortaleza Nakayori, Hayashi solo dijo.

—Amano-san, ese hombre sí tenía miedo a morir.

Yoshiteru Amano y Morisada Hayashi compartieron muchas misiones después de aquella, durante las cuales el alumno

probó tener una habilidad y ferocidad casi igual a la del maestro. Sus flechas siempre atravesaban los pechos o cuellos de sus rivales, y hasta llegó a mejorar su destreza con el acero. No hubo rincón de Japón que no recorrieran con sus motocicletas, y siempre regresaban con el orgullo de una misión exitosa.

Y con cada lugar nuevo que descubrían, se evidenciaba el hambre de Hayashi por descubrir, por experimentar. En cada hotel que se hospedaban, trataba de probar los mejores platillos, escuchar cantar a los mejores cantantes y apreciar a las mejores bailarinas. En ocasiones aparcaba su motocicleta y bosquejaba con acuarelas los paisajes y las montañas que a Amano le parecían indignas de atención.

—¿Por qué haces todo esto? Sabes que no necesitamos comer.... —reía Amano mientras cenaba con su alumno en un hotel de Osaka. Hayashi había ordenado los más caros y exquisitos cortes de pescado crudo y hierbas.

—No lo necesitamos, pero es placentero —respondió con las mejillas sonrojadas por el sake—. No somos humanos, pero si podemos respirar. El gozo no es ajeno a nosotros.

—No lo es, pero tampoco debe ser nuestra prioridad —respondió Amano mientras masticaba un trozo de pescado que Hayashi metió por la fuerza en su boca.

—¡Si, ya sé! *El samurái debe servir* —repitió Hayashi en forma burlona – ¿Y qué tal servir a nosotros mismos?

—No digas cosas sin sentido —refunfuñó Amano—. Nosotros mismos no existe.

Hayashi iba a responder con otros de sus trabalenguas cuando algo irrumpió en el hotel. Una horda de hombres envueltos en ropajes negros de pies a cabeza. Solo sus ojos quedaban al descubierto, y empuñaban espadas, cuchillos y bastones de exóticas formas y materiales. También eran capaces de las acrobacias más letales y veloces. Hayashi

derribó a un par con sus flechas, aunque eran demasiado rápidos incluso para el ojo cibernético del muchacho. La katana de Amano tampoco pudo contra ellos, y cuando los hombres de negro abandonaron el hotel, yacía en piso con su estómago abierto y sus piezas brotando fuera de él. Antes que el calor lo asfixiara y su vista se tornara negro, oyó los gritos de Hayashi.

Cuando abrió los ojos, estaba en su habitación de la fortaleza Nakayori, y con un extraño palpitar en su pecho izquierdo.

—¡Amano-san! —Hayashi se tumbó sobre él para abrazarlo.

—No me abrases ¿Qué ha ocurrido?

—Pues, te han herido. Tu sistema de aerotermia ha quedado muy débil, así que te han instalado un auxiliar.

—¿Un auxiliar? —Amano intentó incorporarse pero sintió un dolor agudo en todo su cuerpo. Y los latidos en su pecho eran violentos.

—Sí. Lo han instalado justo allí, donde los humanos tienen el corazón – Hayashi acarició el punto con la yema de su índice, y Amano sintió un extraño escalofrió—. Debes tener cuidado de ahora en más. Cualquier golpe allí podría matarte.

—Perfecto —Amano refunfuñó mientras intentaba vestirse.

—¿Quiénes eran esos hombres de negro que nos atacaron?

—Ninjas. Mercenarios sin honor. Jamás creí que Tora caería tan bajo como para contratarlos.

Se hizo otro silencio.

—Amano-san...cuando te hirieron, y te sacaron las ropas para repararte, encontraron mi viejo pergamino oculto entre tu pecho.

Amano tomó un respiro hondo; el nuevo sistema de aerotermia auxiliar se sentía desbocado y difícil de controlar. El calor subía por su rostro y el aire se sentía escaso.

—No digas cosas sin sentido —protestó el samurái con su típico tono gruñón.

Yoshiteru Amano no volvió a ser el mismo luego de aquel ataque, cada día le costaba más actuar y pensar con claridad. Y la presencia de su antiguo alumno lo frustraba más. Especialmente porque Hayashi no dejaba de hacer preguntas sobre el origen de los ninjas.

—He investigado. Los samurái hablan de honor pero son el brazo armado para los abusos de los *daimyo* ¡Los ninjas eran campesinos que se unieron para defenderse de los samurái! ¡Su existencia es la prueba de que no hay honor en ellos!

—Nunca hables así de nuevo —masculló Amano.

—Cierta vez me dijiste que hay honor en servir. Pero ¿por qué servir a un daimyo humano que abusa de sus iguales, y no a una fuerza superior a nosotros?

—¿Y qué fuerza sería esa, Hayashi-kun?

—Pues, hay hombres que la llaman amor.

Amano recordó el carácter que Hayashi le había pintado y otra vez dudó del significado al que el muchacho se refería.

—No digas cosas sin sentido.

Y fue lo último que le dijo. Cada vez con más frecuencia Hayashi se ausentaba a los bosques que rodeaban Tokyo para estudiar las conductas de los ninjas. Y un día simplemente no volvió. Toda la fortaleza coincidió que era para mejor; hacía años que corría el rumor de que el Bushido del muchacho estaba fallado. Otros rumores afirmaban que se había encontrado el chip abandonado en las postrimerías de Kyoto, con un pedazo de tejido artificial todavía envolviéndolo.

A medida que el tiempo transcurría, Amano se debilitaba más. Le costaba demasiado equilibrar el bushido con las descargas dolorosas de su sistema auxiliar. No podía reposar por las noches a menos que tuviera el pergamino presionado contra su pecho. Y al mismo ritmo, el clan Tora se hacía más fuerte. Ya casi no contaba con samuráis cyborgs en sus líneas sino con mortales hordas de ninjas. A los oídos de Nakayori llegó la información que su cabecilla tenía su refugio en Kyoto, y le encomendó a su mejor guerrero que viajara allí para asesinarlo. A pesar de que no confiaba en sus propias habilidades como antes, Yoshiteru Amano no tuvo otro remedio que aceptar.

Atravesó la verde espesura de Kyoto en su motocicleta, y antes de llegar al hotel donde se hospedaría ya había decapitado una docena de ninjas. No había dado con el cabecilla al servicio de Tora, pero ciertamente debilitó sus filas. Una rabia que jamás creyó poseer guiaba su mano, una sed de sangre que intentaba en vano aplacar el dolor en su sistema nervioso.

Una vez en el hotel, lavó su cuerpo y se encerró en su habitación. Recordó la última vez que había estado allí, con Hayashi a su lado. Embriagado de sake y entusiasmo juvenil el muchacho canturreaba y acariciaba su barba del mismo tono del carbón.

—¡Amano-san! ¿Por qué a ti te crece la barba y a mí no?

—No digas cosas sin sentido —lo regañó.

Aquel recuerdo lo hizo sonreír en la soledad de su cuarto ¿Que habría pasado con su discípulo? ¿Sin su chip, se había convertido en un ronin, un vagabundo sin amo a quién servir? Antes que eso, prefería creer el otro rumor que circulaba; que los ninjas lo habían destrozado y revendido sus partes cibernéticas.

El ínfimo sonido de unas pisadas lo sobresaltó, pero la funda de su katana estaba demasiado lejos. En otros tiempos, no hubiera sido tan distraído. Se encontró acostado boca arriba y desarmado, con una figura vestida de negro apuntándolo con una espada curva. El samurái siempre está listo para morir, se dijo a sí mismo. Pero sentía miedo.

Para su sorpresa, el ninja arrojó su espada al otro extremo de la habitación y se quitó la capucha que cubría su rostro. El cabello largo y negro le llegaba al pecho, y bajo la luz de la luna que se filtraba desde afuera, tenía destellos de plata.

—¡Hayashi-kun! —jadeó Amano.

Su antiguo alumno se inclinó sobre él con movimientos lentos, Amano no opuso resistencia cuando le abrió la chaqueta. Al encontrar el pergamino junto a su pecho, Hayashi suspiró un débil todavía lo conservas. Amano asintió, y tembló cuando Hayashi acarició con sus dedos y labios el punto en su pecho izquierdo. Es verdad que quién me toque allí puede matarme, pensó. Abrazó a su viejo discípulo toda la noche, y a la mañana siguiente regresó a Kyoto.

—Morisada es el cabecilla ninja, su traición es mi responsabilidad. Y no he podido asesinarlo —Amano finalizó su relato—. Le he fallado, mi señor, por favor permítame morir con dignidad.

Nakayori asintió y Amano apuntó su katana hacia su vientre. Por primera vez en toda su vida, su mano tembló. Y sintió miedo. Pero antes de poder clavar el acero en el sistema de aerotermia bajo su ombligo, una flecha con pluma de halcón atravesó el corazón de Nakayori. El poderoso *daimyo* permaneció sentado en su silla alta mientras daba su respiro final, y el caos se desató en un fugaz momento. Los ninjas que habían logrado trepar los altos muros de la fortaleza invadieron el patio, y pronto la sangre artificial y los circuitos chisporroteando de la cabezas cercenadas abundaban en el

suelo. Yoshiteru Amano se quedó petrificado sobre sus rodillas, presenciando la cruenta batalla, hasta que una mano lo jaló del brazo y lo obligó a ponerse de pie. La figura de Hayashi estaba infundada en negro, con su cabello suelto y su rostro descubierto. En una mano cargaba su arco y con la otra guiaba a Amano fuera de la fortaleza. Con un movimiento violento, el samurái se soltó de su mano.

—¿Qué estás haciendo?! —le espetó— ¿Crees que voy a servir a un traidor como Tora?! ¡No puedo creer que tú lo hayas hecho!

—No sirvo a Tora —respondió Hayashi entre dientes—. No sirvo a nadie. Míralos como se matan, para mañana no existirá ni el clan Tora ni el clan Nakayori. Los samurái dejarán de existir, y nosotros seremos libres.

Hayashi lo tomó de nuevo de la mano, pero no logró que se moviera un centímetro.

—¿Y luego qué? ¿Convertirme en un ronin? —preguntó Amano, y notó que un líquido caliente brotaba de sus ojos. Era una sensación tan nueva como extraña y maravillosa, y deseó regodearse en ella para siempre. De no ser por el dolor que se esparcía por todo su sistema nervioso. Podía sentir sus circuitos explotando e incendiarse dentro de su organismo—. ¿No lo entiendes? Sin un amo a quien servir, no tengo nada. No soy nada.

Hayashi lo observó con sus ojos almendrados, y acarició la barba renegrida con la punta de sus dedos.

—Me sirves a mí. Y yo te sirvo a ti. Para siempre —susurró el muchacho contra sus labios.

Amano le devolvió una sonrisa amarga.

—Nunca has entendido nada.

Detrás de ellos, los hombres continuaban masacrándose, y la mirada de Hayashi adquirió un tono sombrío y triste. El mismo líquido transparente comenzó a brotar de sus ojos.

—¿Qué deseas que haga? —preguntó el chico con un nudo en la garganta. Amano se arrodillo frente a él con un gesto solemne y terminó de abrir su chaqueta, revelando el atisbo del pergamino que aun cargaba con él.

—Hayashi-kun, tú has sido mi fracaso más dulce —suspiró con voz gutural.

El muchacho se enjuagó las lágrimas y alzó el arco por encima de su cabeza. Colocó la flecha con un movimiento majestuoso y tomó una respiración profunda. Mientras descendía el arco a la altura de su pecho, las manos le temblaban. No podía darse aquel lujo. Amano-san merecía el tiro perfecto.

—Te quiero, Amano-san —sollozó.

—No digas cosas sin sentido.

La cuerda del arco emitió un sonido fantasmal, y la flecha salió disparada al mismo tiempo que la respiración de Hayashi. La perfecta armonía entre inspiración y exhalación, tensión y liberación. El disparo perfecto, en el punto justo.

Hayashi abandonó la fortaleza Nakayori sin mirar atrás.

Consultar bases, premios y relatos ganadores:
www.toshiba-aire.es/concurso-de-relatos-homocrisis/